

ELÍAS LÓPEZ PÉREZ, SJ*

LA RECONCILIACIÓN EN EL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS (SJR)¹

Fecha de recepción: diciembre de 2014.

Fecha de aceptación y versión final: enero de 2015.

RESUMEN: El Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) fue fundado en 1980 para acompañar, servir y defender los derechos de los refugiados y desplazados forzosos. El autor de este artículo relata en primera persona cinco lecciones sobre la reconciliación aprendidas en los campos de refugiados.

PALABRAS CLAVE: perdón, víctima, justicia, reconciliación preventiva.

The reconciliation in the Jesuit Refugee Service (JRS)

ABSTRACT: The Jesuit Refugee Service (JSR) was founded in 1980 to accompany, serve and defend the rights of refugees and forcibly displaced people. The author of this article recounts five lessons on reconciliation that he learned from his personal experience in the refugee camps.

KEYWORDS: forgiveness, victim, justice, preventive reconciliation.

* Colaborador en SJR Internacional y en la Universidad Pontificia Comillas; elp.palma@gmail.com.

¹ El SJR es una ONG humanitaria de la Compañía de Jesús que fue fundada en 1980 por el P. Arrupe, antiguo padre general. Desarrolla unos 200 proyectos en unos 50 países donde unos 2000 refugiados colaboran con unos 1200 contratados.

«La humanidad tiene necesidad de llorar, y ésta es la hora del llanto,» dice el Papa Francisco². Y añade en su homilía en la visita a un cementerio militar de caídos en la Primera Guerra Mundial en el cien aniversario de su inicio: «Es de sabios reconocer los propios errores, sentir dolor, arrepentirse, pedir perdón y llorar». Llorar y orar frente a la irreversibilidad de tanta muerte violenta, sin razón y sin corazón. Ante los masivos crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra, genocidio, uso sistemático de violaciones de mujeres como arma de guerra, etc., seguir teniendo fe en el perdón en medio de lo imperdonable es la mayor de las osadías a la cual invita el cristianismo. El perdón como proceso en el corazón de la reconciliación cristiana es la mejor forma de orar y llorar, de transformar la barbarie de la violencia humana, los abismos de odio y dolor. Pero para ello necesitamos conectarnos con las Fuentes de Vida. Frente a otros actores humanitarios, uno de los valores añadidos del SJR en la misión de reconciliar es ayudar a víctimas y victimarios a conectarse con sus fuentes de vida, religiosas o no, para avanzar en el «restablecimiento de relaciones justas»³.

Apunto cinco lecciones aprendidas en la experiencia y praxis de la reconciliación en el SJR.

1. SANAR LA HERIDA DESDE DENTRO

Hay que bajar a la herida del mundo para reconciliar. Sólo desde ahí, desde el abrazo con el hermano herido y con la ayuda de la gracia de un amor excesivo uno puede plantear la osadía del perdón como camino de reconciliación.

Por ello, en el SJR el primer elemento de la triple misión es 1) acompañar a las víctimas de cerca antes de 2) servirles y 3) defenderlas en sus derechos. Cualquier trabajador del SJR una vez llega al terreno dedica

² Papa Francisco, visita al cementerio militar de Redipuglia, Italia, 13 de septiembre, 2014.

³ La Congregación General 35 de la Compañía de Jesús, en su decreto de misión, llama a los jesuitas, y así al SJR, a revivir la misión de reconciliar ya presente en la misión fundacional de la Compañía explicitada por el mismo San Ignacio en la Fórmula del Instituto en 1550. Reconciliar para la misión de los jesuitas implica restablecer relaciones justa en tres dimensiones: reconciliación *con Dios, los otros* (también el otro que llevamos dentro de uno mismo) y *la creación* (la naturaleza).

las primeras semanas e incluso meses a acompañar escuchando. Enmanuel un refugiado burundés me decía que SJR no era como el resto de las agencias humanitarias, que nosotros trabajábamos en lo mismo que el resto (dar de comer o vestir, construir escuelas y entrenar a profesores, trabajo psicosocial, de salud o pastoral, etc.), pero que al acabar la jornada nos íbamos con ellos a sus casas a tomar una cerveza. La escucha atenta y activa en el acompañamiento diario es lo que nos hace entrar en sus historias y conocer a los refugiados por sus nombres, y desde dentro de sus vidas dejándonos afectar, orando y llorando con ellos, y así discernir juntos qué perdón y reconciliación les ayuda a avanzar en una paz bien contextualizada cultural y religiosamente.

Quizás sea fácil hablar del perdón y reconciliación desde fuera, sin que uno haya sido víctima de un trauma extremo: de un mal masivo e intencional de un ser humano contra otro ser humano. Es esta intencionalidad del mal sin medida de un ser humano contra otro lo que distingue al «trauma extremo» de un daño accidental. Es este *trauma extremo* el que rompe la confianza básica en la bondad del ser humano necesaria para vivir sanamente. Dios en Jesús conoce bien, desde dentro, el llamado *trauma extremo*. Cuando Dios ofrece el perdón desde la cruz («Padre, perdónalos») experimenta en carne propia (encarnado) el calibre de la violencia y el dolor humano. Dios en Jesús no nos salvó desde fuera. Es el crucificado el que, desde sus heridas abiertas y llenas de amor en extremo, ofrece el perdón. Etimológicamente *per-dón* significa don *sin medida*, en demasía, esto es, amor. No se puede curar la herida que no se toca, sin dejarse afectar. No se puede sanar lo que no se abraza desde el amor. El perdón es la expresión más osada del amor; es expresión del *amor al enemigo*, amor extremo, al cual nos invita Jesús como camino de reconciliación.

2. NO HAY RECONCILIACIÓN NI PERDÓN SIN JUSTICIA DESDE ABAJO Y DESDE ARRIBA

La reconciliación implica trabajar no sólo con las víctimas sino también con el victimario. La primera semana de estar en un campo de refugiados en África se me acercó un joven de unos veinte años y me dijo que cuando tenía diecisiete años había matado a tres bajo la presión de su grupo de amigos. Y seguidamente me preguntó: «¿Cómo puedo sentirme perdonado por Dios?». Yo le respondí que qué creía él que le podría ayudar a sentirse perdonado por Dios. Estuvo un momento en

silencio y me dijo: «Se me ocurre algo. En los campos de refugiados hay muchos adolescentes y jóvenes que al no tener educación secundaria organizada por las ONGs están frustrados viendo cómo año tras año su futuro se les escapa de las manos. Por eso cuando vienen los rebeldes a reclutarlos ellos se dejan convencer fácilmente. Creen que cogiendo un arma en las manos van a conseguir un mejor futuro. Voy a proponerles crear una asociación para ayudar a ancianos y enfermos en el campo: para ir a buscar leña y agua para cocinar, para repararles las chozas tras las tormentas, para visitarlos en el hospital... Así cuando vengan los rebeldes a reclutarnos ya tendremos razones para decirles que no porque en los campos tenemos una misión que nos llena la vida día a día». No hay perdón, ni justicia, ni reconciliación sin pedirle al ofensor intentar reparar al máximo desde la situación en que está, en la medida en que pueda, por limitada que sea. Son ellos, víctimas y victimarios, los que *desde abajo y desde dentro* de sus situaciones van encontrando el mejor paso, el siguiente paso posible dentro de sus contextos, en el camino del perdón y la reconciliación. Gracias a esa iniciativa este joven seguramente pudo salvar muchas vidas, quizás más de las que arrebató.

Modesta, una refugiada burundesa, desde el encuentro personal en el terreno, en lo micro, nos enseñó a hacer justicia también a nivel internacional, macro. Ella nos movilizó para luchar contra nuestro *pecado de omisión* al no usar los recursos que tenemos al alcance de la mano para incidir social y políticamente y hacer justicia. Modesta, de unos 30 años, y abandonada a la muerte, era uno de los enfermos de Sida en uno de los hospitales de un campo de refugiados en Tanzania. La población refugiada estaba infectada de SIDA en un veinticinco por ciento. Ella había huido de la guerra de 1993 en su país. Me pidió que regularmente le trajera la Comunión al hospital. La recuerdo acostada en una camilla con un agujero en el medio, para poder defecar en un cubo maloliente sin necesidad de molestar a las enfermeras. También recuerdo la sensación de calor húmedo, de efecto invernadero, al entrar en el pabellón del hospital destinado a los enfermos terminales. Un pabellón hecho de los plásticos azules típicos de ACNUR. Allí no había ni paredes de ladrillo, ni tejado, ni suelo de cemento como en el resto de los pabellones del hospital. Sobre el suelo de tierra roja típica de Tanzania y junto a la cama tenía el plato de comida. Unas cuantas judías sobre una pasta de mandioca muy poco nutritiva; algo intragable para una persona en fase terminal. Las ratas dejaban de alimentarse de su plato y salían espantadas cuando los cuatro hijos de Modesta, de entre uno y ocho años de edad,

venían a jugar alrededor de la camilla de su madre. Su marido había muerto; algunos decían a causa del SIDA, otros a causa de la guerra. Un día que habíamos quedado para llevarle la Comunión llegué corriendo y me incliné sobre su camastro para decirle cara a cara: «Modesta, lo siento mucho, no te he podido traer hoy la Comunión. Hoy he tenido mucho trabajo y se ha hecho demasiado tarde para pasar por la capilla y recoger la comunión antes de que se haga de noche». A los trabajadores de las agencias humanitarias nos tenían prohibido estar en los campos al oscurecer por temas de seguridad. Y le prometí: «Mañana te traeré la comunión». Ella extendió sus manos abiertas y dijo sonriendo con voz firme: «¡Chakula!» Que significa «comida».

Su voz diciendo «comida» fue como un golpe en el estómago. Pedí a los catequistas que me acompañaban que fueran corriendo al mercado y comparan frutas y zumos, pan y té, una comida que Modesta pudiera tragar. ¿Cómo no me pude dar cuenta antes? Le estaba trayendo la comida espiritual olvidándome de la material. Al día siguiente hablamos con la dirección del hospital y preguntamos por qué no estaban dando a Modesta la doble ración de alimentos que por normativa le estaban asignada dado que era enferma. Descubrimos que, efectivamente, la comida desaparecía en las manos de los trabajadores del hospital. A nivel local comenzamos denunciando la corrupción en el hospital y la mala gestión de la ONG responsable de la misma. Hablamos con los representantes de ACNUR y el Banco Mundial de Alimentos para saber por qué no llegaban a los refugiados las 2.100 kilocalorías de comida que les correspondía diariamente. Descubrimos también que los refugiados recibían menos comida de la debida por problemas administrativos en esas dos organizaciones. Usando contactos de amigos de la Compañía de Jesús pudimos llegar al Parlamento Europeo y promovimos dos resoluciones del mismo que pedían a la Comisión Europea y a los Estados miembros de la UE enviar alimentos a la región de los Grandes Lagos. El estar cercano a Modesta y a otros muchos refugiados hizo a JRS entrar en contacto con la oficina europea de la Compañía de Jesús en Bruselas para comenzar un proyecto que identificara instrumentos jurídicos europeos para controlar las empresas transnacionales que han explotado ilegalmente los recursos naturales en las zonas de guerra de los Grandes Lagos. Esta explotación económica ha sido la causa directa e indirecta del conflicto que ha matado y desplazado a millones de personas –entre otros, a Modesta. Modesta está en el origen de la iniciativa que llevó a un grupo de jesuitas y laicos a promover la *red ignaciana de incidencia*

global o GIAN (Global Ignatian Advocacy Network) y así aprovechar mejor los recursos y contactos que tiene la Compañía en centros de toma de decisiones. Modesta falleció hace años pero ella fue impulsora de GIAN para no caer en pecado de omisión, para poner de un modo más coordinado los recursos y contactos de la Compañía al servicio de la justicia estructural, para incidir social y políticamente en temas como el acceso a la educación de calidad, control de empresas extractivas, derechos humanos y paz, ecología, derechos de migrantes y refugiados.

No hay reconciliación sin abordar el proceso de *justicia transicional*: en el cual las sociedades que han sido víctimas y victimarias de abusos sistemáticos y masivos de derechos humanos quieren pasar la página de ese periodo de violentos conflictos y *transitar* hacia un futuro de paz sostenible, de democracia y estado de derecho, de respeto de los derechos individuales y colectivos. Al hacer esta transición, las sociedades deben confrontar la dolorosa y pesada carga del pasado con la meta de conseguir un sentido integral de justicia para todos los ciudadanos (asegurar un sentido de equilibrio entre daño, castigo y reparación entre las partes en conflicto) y prevenir futuros abusos⁴. Entre otras, con estas medidas la reconciliación restaura las relaciones de forma libre pero condicionada. Los estudios comparativos de *sociedades en transición* muestran que son necesarias seis condiciones interdependientes para hacer justicia: 1) sanación del trauma postguerra, 2) reconstrucción de la confianza social, 3) investigación y revelación de la verdad de lo ocurrido, 4) asunción de la responsabilidad penal y cumplimiento de la condena por parte de los criminales, 5) reparación de las víctimas y, finalmente, 6) la reconciliación que sana las relaciones rotas y divisiones en el seno de la sociedad apoyada en la promesa de no repetición de los actos violentos. El SJR trabaja la reconciliación dentro de estas seis condiciones que busca la justicia estructural y sin olvidar la importancia de la justicia distributiva tanto a nivel económico (reducción de la brecha entre ricos y pobres) como de distribución del poder político que están a la base de tantos conflictos violentos. Tampoco olvida el SJR la justicia restaurativa que reconcilia porque se centra más en reparar y sanar el daño hecho a los individuos y sociedades en sus relaciones que en el castigo de los agresores. Dicho más directamente, la justicia restaurativa intenta no sólo recuperar a los refugiados víctimas de la violencia sino también

⁴ Ver <http://www.ictj.org>.

recuperar a los victimarios de los refugiados, a «los otros,» a «los enemigos». La justicia restaurativa es, en gran medida, la expresión política del «amor al enemigo» que es «buena noticia» (Evangelio) de Jesús.

3. «RECONCILIACIÓN PREVENTIVA:» EL AMOR A LOS HIJOS MOTOR DE LA RECONCILIACIÓN

Estaba con la organización de víctimas de una ciudad colombiana donde el SJR empezaba a trabajar temas de reconciliación. Eran unas 25 víctimas del conflicto armado. Les pregunté si tenía sentido empezar a trabajar la reconciliación con ellos. Ellos prudentemente, sin decirme que no directamente, me lo intentaron decir contando sus historias personales. Me decían: «Ah, ¿usted sabe lo que nos ocurrió? A mí me mataron al marido cortándolo vivo con una motosierra y sus asesinos arrojaron los trozos al río. Tuve que lanzarme al agua para intentar rescatar algunos trozos y poderle dar sepultura. ¿Usted sabe lo que nos pide con la reconciliación?». Así pasaron tres horas, escuchando una historia tras otra, todas de una atrocidad parecida. Yo sin encontrar salida me decía: «Señor, ¿por qué me he metido en ésta?». El ambiente en la sala se hacía más oscuro y pesado a medida que avanzaban las historias. Así hasta casi la última persona, una mujer de unos 55 años que también quiso contar su historia: «Usted no sabe lo que es que los hijos lleguen a casa y se vayan a la cama llorando y con hambre porque a su padre me lo asesinaron y no tengo nadie que me traiga la comida a casa». En ese momento me vino una luz y me atreví a preguntarle: «Por amor a sus hijos, por darle un futuro en paz, estaría dispuesta a intentar dar un pequeño pasito en el camino de la reconciliación?». Ella sin perder un segundo y tajantemente me respondió: «una madre por unos hijos puede hacerlo todo». Y en aquel momento el tono del grupo dio un giro. Me empezaron a preguntar qué podían hacer para avanzar en el camino de reconciliación.

Esa luz de tocar el amor a los hijos como dinamizador del proceso de reconciliación me vino al acordarme de otra historia, la de una refugiada palestina. Coincidió al lado de ella en un viaje de unas cinco horas. Y tuvimos tiempo para hablar largo del conflicto en Medio Oriente. Una vez acabó su largo y complejo análisis de la realidad le pregunté: «¿Es posible la reconciliación y el perdón entre judíos y palestinos?». Ella saltó de repente alzando la voz: «¡No me pidas perdonar. Yo no puedo perdonar!». Y continuó: «Me mataron a un hermano, los otros tienen

heridas de balas en su cuerpo, mi madre tiene un brazo paralizado de un golpe que le pegó con el fusil un soldado israelí en un paso de control. ¡Yo no puedo perdonar!». En ese momento hizo silencio por unos segundos para añadir: «Pero puedo hacer algo. Voy a intentar no pasar el odio que yo tengo a mis hijos para ver si ellos algún día pueden hacer lo que yo hoy no puedo, perdonar y reconciliarse».

Son los hijos, el amor a los hijos, lo que hace a los padres movilizarse y dar un pequeño paso en el camino de la reconciliación. Por los hijos, por la generación futura, los padres en el presente son capaces de dar un paso por la paz. Eso es liderar la reconciliación desde el futuro, desde la siguiente generación, desde el amor a los hijos. Eso es lo que llamamos «reconciliación preventiva»: para prevenir la violencia y sacar a los hijos del círculo de la violencia y darles un futuro en paz duradera, los padres y abuelos son capaces de trabajar en el presente por la reconciliación. El mayor potencial que descubrimos en el trabajo por la reconciliación con víctimas y victimarios es el amor a los hijos, darles una vida futura en paz. Esto lo confirmaron también unas madres viudas de una región de Colombia quienes nos pidieron primero que les ayudáramos a llorar a los maridos, a elaborar sus duelos. Tras un año y medio de trabajo de sanación del trauma nos pidieron que les ayudáramos a una segunda necesidad que ahora, tras la sanación del trauma, emergía: ser autosuficientes en la manutención de sus hijos. Por eso nos pidieron que las ayudáramos en montar una pequeña cooperativa para generar ingresos económicos. Tras un año montando su negocio, cuando lo tenían más o menos marchando y dando de comer a sus hijos, emergió una tercera necesidad: ¿Cómo darles un futuro distinto a los hijos? Ellas por sí solas se dieron cuenta que si no tendían puentes hacia «los enemigos,» los causantes de las muertes de sus maridos, el odio y división se pasaría de generación en generación.

4. UNA MUERTE INFINITA NO SE CURA SINO DESDE UNA FUENTE INFINITA DE VIDA

«¿Qué le ayudaría a reconciliarse?» –pregunto a Doña María. Ella responde rotundamente: «¡Justicia!». Le vuelvo a preguntar: «¿Y qué justicia quiere?». Se queda pensativa y cabizbaja. A los pocos segundos levanta la cabeza y cuenta su historia: «Me han matado al esposo, también a un hijo, y a un nieto. Otro hijo está desaparecido desde el 2003. Me temo que está muerto. Y otro hijo lo tengo encarcelado». Continúa

con los ojos perdidos, rumiando en voz alta: «Yo no sé qué justicia quiero... ¿Será la justicia de Dios?». Sorprendida de su pregunta no puede evitar el mostrar una sonrisa como de liberación intuyendo la respuesta... Luego vuelve a la seriedad para precisar: «¡La justicia humana no la quiero!». Sigue dándose tiempo para discernir sus entrañas y expresarlas con las palabras justas: «Yo necesitaba saber si mi hijo el desaparecido estaba aún vivo o no. Han pasado más de seis años que no sabemos nada de él. Si está muerto quiero que me digan donde está para enterrarlo y quedar en paz... Me enteré que un posible asesino suyo estaba en la cárcel. Ahora los presos pueden reducir su condena a cambio de confesar la verdad de sus crímenes. Pensé que quizás por este motivo a este hombre ahora le podría interesar hablar y así enterarme del paradero de mi hijo. Por eso decidí ir a la cárcel a encontrarlo... cara a cara. Todo por mi hijo. Cuando lo vi salir de la celda custodiado por dos guardias, con las manos esposadas y sin libertad, me di cuenta que esa no era la justicia que yo quiero». Doña María guardó unos segundos de silencio meditativo, como hondamente ida a otro lugar... para regresar diciendo: «¿Cómo puedo perdonar un crimen y dolor tan grande? Yo rezo y lo pongo en las manos de Dios... Para que él les perdone. Eso me ayuda y me alivia pues yo no puedo perdonarles ¿Quién soy yo para perdonarles? Pero al ponerlo en las manos de Dios yo descanso del peso de tener que perdonar y siento que así, de algún modo, yo también algo les perdono».

JRS aprende de Doña María que el trabajo por la paz, la reconciliación, la justicia, el perdón, la verdad, la reparación, la sanación, etc. últimamente son tan enormes, tan por encima de las capacidades humanas tantas veces rotas por la misma violencia masiva e infinita, que a uno no le queda más remedio que conectarse con las fuentes de vida infinita, de amor infinito, sean religiosas o no, para contrapesar y avanzar. El contacto con estas fuentes de vida, religiosas o no (el SJR trabaja con refugiados de otras religiones y con personas que no necesariamente son creyentes), es lo que el SJR llama espiritualidad para la reconciliación. JRS es «pacientemente activo» como doña María para la cual el perdón y la reconciliación es ambas cosas: una tarea en la que empeñarse con todas sus fuerzas al ir a visitar a su «enemigo» y, al tiempo, un regalo espiritual más allá de sus propias fuerzas. Un regalo que emerge del contacto con las fuentes de vida infinita de cada uno. Para doña María no sólo Dios sino también el amor por su hijo el desaparecido son fuentes de vida capaces de movilizar procesos de reconciliación y perdón, de ir al *enemigo* y mirarlo con ojos más allá del *ojo por ojo*.

5. RECONCILIAR IMPLICA RECONCILIARSE CONSIGO Y CON EL EQUIPO SJR

El P. General pregunta al SJR: «¿Cómo podemos ayudarles (a los refugiados) a vivir y caminar hacia la reconciliación, la cura de las heridas profundas a menudo conectadas con el desplazamiento violento, de manera que puedan surgir comunidades de paz?»⁵.

Cuando íbamos proponiendo a los equipos del SJR en todo el mundo la misión de reconciliar constatábamos que ellos mismos inmediatamente se preguntaban: ¿cómo podemos ayudar en la reconciliación, en la sanación de heridas y restauración de relaciones justas, si nuestros equipos en muchos momentos están divididos en conflictos internos. Ellos mismos se daban cuenta de la incoherencia de la propuesta de reconciliación hacia fuera, hacia los refugiados a los que servimos, si no se trabajaba también hacia dentro de la organización, con los compañeros. Al trabajar con ellos en la transformación de conflictos laborales, de equipo, se iban dando cuenta que no se puede dar tampoco a nivel de equipo lo que no se tiene a nivel personal, que para dar paz uno antes tiene que ser paz, vivir personalmente reconciliado consigo mismo, con su pasado, presente y futuro. Eso ha llevado al SJR internacional a desarrollar espacios donde trabajar con equipos e individuos la sanación de relaciones intrapersonales e interpersonales, de equipo y organizacionales.

6. CONCLUYENDO CON EL VALOR AÑADIDO DE SJR EN LA RECONCILIACIÓN

Enraizada en su experiencia de servicio humanitario de 35 años, JRS responde a la llamada de reconciliación desde la perspectiva de su triple misión: JRS reconcilia a) escuchando y acompañando, b) sirviendo con programas de ayuda humanitaria (material y espiritual) y c) defendiendo *relaciones justas* entre todas las partes del conflicto. Si se separara alguna de las tres dimensiones (acompañar o servir o defender) de las otras dos, la misión de reconciliar perdería identidad JRS. Las tres

⁵ Adolfo Nicolás SJ, ver: <http://www.jrs.net/Director?TN=LETTER-20101221072912&L=ES>.

dimensiones de la misión, juntas y no separadas, es lo que caracteriza la propuesta de reconciliación del JRS.

El anterior provincial de la Compañía de Jesús en Colombia, mediador en los acuerdos de paz de la Habana, pide al SJR Colombia dos cosas: ir a las veredas en los campos y montañas a escuchar tanto dolor aún silenciado en las víctimas e igualmente ir a las cárceles donde los victimarios están abandonados. El SJR desde el trabajo directo con las víctimas se pregunta por sus victimarios a la hora de trabajar la reconciliación que etimológicamente significa «llamar juntos otra vez» a las partes en un conflicto. Por tanto, la reconciliación pone sobre la mesa del SJR una cuestión honda: ¿dónde está el enemigo? A ello invita la reconciliación desde una perspectiva de fe cristiana. La reconciliación tiene lugar desde y con Dios de un modo que el ser humano se convierte en «divino o perfecto como el Padre es perfecto y hace salir el sol sobre justos e injustos». Es el perdón como amor excesivo, como expresión del amor a los enemigos, el que hace justicia sin límites, dando generosa y gratuitamente, en abundancia, *setenta veces siete*. Llegar al límite de lo peor del ser humano sólo puede superarse llegando al límite de lo mejor del ser humano. Ese límite de lo mejor del ser humano es donde se da el contacto con la Fuente de la Vida, y Vida en Abundancia. Que cada uno desarrolle su espiritualidad, religiosa o no, en el proceso de reconciliación es clave para el SJR.

Y es que, como doña María, hasta Jesús sobre la cruz recurrió al Padre para pedir perdón para sus verdugos. Necesitamos recurrir a las Fuentes de Vida, dentro de uno mismo y más allá, para reconciliar lo irreconciliable. A este ejemplo Jesús que nos invita de palabra y obra a amar al enemigo lo llamo «alianza preferencial con el enemigo» en el trabajo por la reconciliación. Es así como el SJR puede ser lo que el Papa Francisco pide a la Iglesia: ser hospital de campaña para sanar tanta herida en el mundo.

